



Grál. D.<sup>o</sup> Antonio Lopez de Santa-Anna, dos veces presidente de la república federal, dos en la central y dictador en 1841 y 1853, con el título de Alteza Serenísima en su última época gubernativa.

Litog. de la V. de Murguía e hijos

Ant. Lopez de  
Santa Anna

## D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA-ANNA.

(SEXTA EPOCA.)<sup>1</sup>

El poderoso partido que estaba por la guerra con los norte-americanos y los muchos partidarios personales de Santa-Anna, trabajaron de tal modo durante las administraciones de Herrera y Paredes, que consiguieron derribarlas y lograron que el General desterrado regresara á México, á consecuencia del Plan de Guadalajara, que le proclamó caudillo en la guerra con la República vecina. Mientras tenían lugar los diferentes pronunciamientos en su favor iba acercándose Santa-Anna á su Patria, impuesto de lo que pasaba por comisiones enviadas á su residencia en la Habana. En esta ciudad habia sido objeto de muchas consideraciones y desde que llegó desterrado habian estado á visitarle las autoridades y los vecinos más notables y tambien el cuerpo consular extranjero, entre cuyos miembros se contó el cónsul norte-americano, lo que llamó la atención, pues aunque todavía no estaba declarada la guerra ya se preveía; fué tratado el cónsul con reserva y circunspeccion y volvió á visitar á Santa-Anna por orden de su gobierno, de cuya conferencia hace mencion este jefe en un manifiesto que publicó. Desde que fué declarada la guerra entre las dos Repúblicas se puso Santa-Anna en contacto con varios sugetos pudientes de Tamaulipas para organizar la defensa, y aun hubo momentos en que con seriedad pensó dirigirse á México para unirse á los que peleaban por la integridad nacional; pero se detuvo por varias reflexiones que sus adictos le hicieron, manifestándole que era prematuro su regreso y que seria de efecto contraproducente.

Sin embargo, no por haber resuelto esperar dejó de dar órdenes como si ya estuviera en el Poder: envió al general Basadre á Mérida para que reanudara los lazos entre Yucatan y el resto de la República, y apenas supo el pronunciamiento de Veracruz y México fletó el vapor mercante ingles «Arabe» y logró entrar á Veracruz el 16 de Agosto de 1846, acompañado de los Sres. Rejon, Basadre, Haro y Tamariz, Almonte y Boves, sin que se lo impidieran los buques bloqueadores, no obstante haber sido visitado el en que venia, por uno de los que hacian el crucero en aquellas aguas. El Presidente Polk aseguró en un manifiesto que habia permitido la entrada de Santa-Anna á Veracruz, por-

<sup>1</sup> Véanse las páginas 182, 217, 241, 253 y 263.

antes de que los soldados mexicanos tomaran el rancho; entre siete y ocho de la mañana ordenó Santa-Anna una carga en la que fué preciso sacrificar muchos soldados para evitar el mal éxito, siendo de notar los estragos ejercidos por los bien dirigidos fuegos del enemigo; sin embargo, éste fué arrojado de sus posiciones y defendiéndose de loma en loma pudo rehacerse por no haber sido posible á las caballerías obrar. Santa-Anna animaba á las tropas y como valiente soldado daba el ejemplo, habiendo tenido muerto un caballo en el ardor de la pelea. Aun al medio dia continuaba el combate, interrumpido por un fuerte aguacero cuando ya tan solo quedaba una loma á los invasores y estaban en poder de los nuestros tres cañones y otras tantas banderas. Debilitado con el descanso el impulso de las tropas y notado el perjuicio ocasionado por el plomo enemigo, faltando además los víveres, emprendió á la oracion el ejército la retirada hácia Agua Nueva, cuando ménos creian en ella los soldados. En una junta de gefes y oficiales se habia convenido en la imposibilidad de continuar la batalla sin tener los alimentos necesarios para conservar las fuerzas de los combatientes, y en consecuencia dispuso Santa-Anna que el ejército repasara el desierto y achacó los males sufridos al traidor Ignacio Valdes, soldado del regimiento de coraceros, que habiéndose pasado al general Worth le habia dado todos los informes relativos al terreno de la Angostura, cuya posicion calificó de inespugnable.

Careciendo de trenes para conducir á los heridos, fué preciso dejar abandonados á su suerte un gran número de ellos, en el desierto, revolcándose en su sangre, sin abrigo y con la sed devoradora que trae la fiebre de las heridas; y aunque los norteamericanos, cumpliendo con las leyes de la guerra y de la humanidad recogieron muchos, otros sirvieron de alimento á los coyotes. Tres generales y un coronel salieron heridos, y muertos los gefes Berra, Oronoz, Peña, Rios y Luyando; quedaron fuera de combate treinta oficiales y quinientos soldados y más de mil dispersos en las nueve cargas que tuvieron lugar. En muchas poblaciones de la República fué celebrada con júbilo la noticia de la batalla de la Angostura que aparecia como una victoria segun los partes oficiales. La retirada fué más dolorosa que las de Palo-Alto y la Resaca, dirigidas por Arista. En Agua Nueva, Taylor pretendió entrar en tratados con Santa-Anna que rehusó, así como las provisiones que le fueron ofrecidas. En Matehuala supo el ejército el pronunciamiento habido en la capital contra la administracion de Gomez Farías y los peligros que corria Veracruz, viniendo aquella noticia á acibarar más los pesares de los soldados que veian aún en pié las mezquinas pasiones, cuando ellos arrostraban tantos sacrificios. Una parte de ese benemérito ejército quedó en San Luis continuando la otra para México tras un descanso de cuatro dias, para ir otra vez á encontrarse con los norteamericanos en Cerro-Gordo. Adelantándose precipitadamente Santa-Anna para la capital con objeto de intervenir en la escandalosa contienda suscitada entre los polkos y los puros, llegó á la villa de Guadalupe el 21 de Marzo de 1847; ahí prestó juramento, tomó posesion de la Presidencia y anunciaron su presencia los repiques y cohetes; diversas comisiones fueron á cumplimentarle y desde ese dia terminó la revolucion.

Varias personas de influencia para con él habian ido á su encuentro procurando inclinarle á determinado bando; mas parece que decidido á procurar tan solo el bien de México no queria arrojarse en brazos de ningun partido, y tal vez por eso fueron recibidas en la capital con frialdad suma las tropas que llegaban de la Angostura, mientras que una lluvia de coronas de laurel y rosa habia caido sobre los polkos. Segun la costumbre tuvo verificativo la entrada triunfal el 23 del mismo Marzo, y tan luego como Santa-

Anna estuvo en la capital dispuso que fueran demolidas las fortificaciones y que volvieran las cosas á su estado normal; procuró calmar los odios iniciando una amnistía amplísima para los delitos políticos desde la Independencia, y pidió á toda la República que cesara la animosidad ó persecucion á que pudo dar motivo el último movimiento revolucionario. Nombró un gabinete semi-parlamentario, encargando de Relaciones al Sr. D. Manuel Baranda; para Guerra y Marina al Sr. D. J. I. Gutierrez; para Hacienda al Sr. D. Juan Rondero y para Justicia al Sr. D. F. Suarez Iriarte; nombró gobernador del Distrito Federal al Sr. D. Ignacio Trigueros y comandante general al Sr. D. Pedro María Anaya, y activó los preparativos para defender al Oriente cuando ya los norteamericanos sitiaban y bombardeaban á Veracruz, esparciendo la muerte las balas y bombas que caian sobre un corto recinto; poco antes de que fuera tomada, fué autorizado Santa-Anna por el Congreso para proporcionarse hasta veinte millones de pesos, poniéndole ciertas condiciones y tambien para que derogara las disposiciones sobre bienes de manos muertas si lo creia conveniente; cuando ya ondeaba en Veracruz el pabellon del enemigo, salian de México los Granaderos de los Supremos Poderes, el 6º regimiento de infantería, los batallones «Libertad», «Galeana» y otros; continuaron con prontitud su marcha para el Estado de Veracruz. las tropas que venian de la Angostura, y habiendo resuelto Santa-Anna ponerse á la cabeza del ejército salió de México el 3 de Abril y llamó el Congreso á ocupar la Presidencia al general D. Pedro María Anaya.

Precipitada fué la marcha de Santa-Anna para detener el avance de los invasores; dirigió antes una proclama á los habitantes de la capital, dando por seguro el triunfo y calificó de deshonrosa para Veracruz la capitulacion que hizo; cuando llegó á Perote supo que el general Canalizo habia abandonado la posicion del Puente Nacional y tambien por eso se indignó; pasó el 5 de Abril por Jalapa para el Encero con el objeto de establecer su cuartel general en Corral-Falso y activar las fortificaciones de Cerro-Gordo, pues hasta cerca de esas posiciones llegaban los invasores, y en el Encero quedó establecido el cuartel general. Eligió Santa-Anna á Cerro-Gordo como punto de defensa, considerándolo como inespugnable á causa de estar dominado por varias alturas en donde situó las fuerzas de la manera que le pareció más conveniente; de frente ofrece muchas ventajas esta posicion, formada por uno de los escalones de pendiente rapidísima que tiene la cordillera de los Andes hácia el Golfo, desde Perote á Veracruz; al pié del escalon corre el rio del Plan por una profunda cañada que cubre la derecha del lugar elegido y á la izquierda hay un cerro que domina todas las alturas vecinas y que se conoce desde entonces con el nombre del cerro del Telégrafo, á cuyo pié se levanta otro conocido por el de la Atalaya, el cual se une con diversas alturas que gradualmente descenden y que forman la parte débil de la posicion escogida. Esa habia sido calificada por el ingeniero D. Manuel Robles Pezuela ventajosa, únicamente para molestar al ejército invasor; pero no como punto propio para impedirle el paso, supuesto que al enemigo le era fácil voltearla y aparecer á retaguardia, y si atacaba de frente tan solo se le podria rechazar, pues encontraba un punto de apoyo para rehacerse en las alturas de Palo-Gacho. Además, aquella posicion carecia de agua y en concepto de Robles debia ser preferida la de Corral-Falso, dos leguas más cerca de Jalapa, la cual no tenia los inconvenientes señalados. Sin embargo de ellos, insistió Santa-Anna en que Cerro-Gordo fuera fortificado para una resistencia definitiva.

En el cuartel general escaseaban los víveres que fueron pedidos á las poblaciones circunvecinas y en especial á Jalapa. En la construccion de fortificaciones eran emplea-

dos los indígenas, así como en la de obras para conducir el agua, las cuales no pudieron quedar concluidas. No había almacenes ni acopios de ninguna clase para aquellas tropas que se puede decir tan solo vivían del fuego patriótico que allí las había llevado, no obstante que faltaron esfuerzos en la tribuna, el púlpito y la prensa para advertir por medio de voces de alarma, el riesgo en que estaban los intereses, las costumbres y las creencias de una sociedad que se perdía ahogada en los brazos de otra; es cierto que aisladamente se oían lamentaciones estériles, pero no se había formado el espíritu público, quedando en la inacción los resortes para levantar al pueblo y excitar á los partidos á concurrir enérgicamente á salvar la sociedad. Faltaron las asociaciones para socorrer á las familias de los que marchaban á morir por la Patria, para cuidar de los heridos y esparcir en donde quiera que hubiera sufrimientos, el bálsamo consolador de la fraternidad. Si apareció alguna tendencia á la asociación fué tan solo para coaligarse los Estados con un objeto puramente político; el de México se adhirió á la coalición propuesta por Jalisco, adoptada ya por Zacatecas, Querétaro, Aguascalientes y Michoacán; además, otros motivos impedían las asociaciones fraternales, entre ellos fué notable la disposición que dió la legislatura de Puebla, aprobando un proyecto para que bajo ningún concepto fuera hecha la paz con los norte-americanos si no reintegraban el territorio usurpado é indemnizaban á México de los gastos impendidos en la guerra desde 1836 hasta la celebración de la paz, no debiendo quedar en la República, ántes de ajustar el tratado, ni un soldado extranjero ni algun buque enemigo frente á nuestros puertos; todas estas manifestaciones que pueden calificarse de delirios más que de entusiasmo patriótico, faltándoles el apoyo indispensable de la razón, debieron de haber disminuído el sentimiento patriótico de las tropas.

Aunque con lentitud, avanzaban los norte-americanos sobre Cerro-Gordo, en cuyo punto habían aumentado las dificultades por la deserción de los indígenas y de muchos milicianos que dieron por cierto el rumor de que iban á ser convertidos en permanentes, teniendo Santa-Anna que expedir enérgicas órdenes contra la deserción y que destinar los vagos á cubrir las bajas. Cuando las guerrillas enemigas se presentaron en el Plan el 12 de Abril, todavía estaban muy imperfectas las fortificaciones, que marcaban tan solo la línea donde debían situarse las piezas de artillería; una batería de grueso calibre enfiló el camino que fué cortado; sobre el «Telégrafo» quedó otra batería con cuatro piezas de artillería al mando del general Alcorta y á la izquierda de ese cerro había bosques y breñales que el general Santa-Anna consideró inaccesibles. Defendía la extremidad derecha el general Pinzon, el centro D. Rómulo Díaz de la Vega, y para el «Telégrafo» fué nombrado jefe el general D. Ciriaco Vázquez. Parte del ejército había acampado á una y otra parte de la rancharía de Cerro-Gordo, y en el camino, interceptado con los carros y los cañones aun no colocados, se improvisaron habitaciones de otate. Santa-Anna tenía la errada persuasión de que el ataque sería por la derecha, hácia donde colocó la mayor parte de las fuerzas, siendo tal creencia de funestas consecuencias, y la robusteció al notar que sobre la misma posición de la derecha acampaba el ejército enemigo. Recorria el general diariamente la línea, atendía á la construcción de las barracas para el soldado, de los desmontes y en la noche, acompañándole los jefes principales de su ejército tomaba la comida, amenizándola algunas veces una música sintuada en la parte exterior de la habitación. Al conversar entregábase á gratuitas ilusiones, creyendo que había logrado ya detener la marcha del enemigo, y encerrado en sus propias opiniones despreciaba las de personas sensatas conocedoras del terreno y dignas de con-

sideración por su ciencia, y exigía ciega sumisión de todos los que le rodeaban, por lo cual los jefes se limitaban á censurarle entre ellos solos, sin tener la energía suficiente para hacer notorios al general en jefe los notabilísimos errores que se palpaban en el plan de defensa.

Impacientes las tropas mexicanas por la calma que notaban en las enemigas, se creyó que éstas habían prescindido del ataque, siendo Santa-Anna uno de los más violentos, y aun quiso excitar á los enemigos enviando las caballerías á hostilizarlos y á procurarse noticias si lograban hacer algunos prisioneros; pero nada consiguieron. Hasta el 17 ejecutaron los invasores un formal reconocimiento que fué tomado por nuestras tropas como ataque serio, y entonces conoció Santa-Anna que indudablemente el enemigo vendría por la izquierda y, aunque tarde, procuró fortificarla estableciendo él mismo una batería frente á la salida de una boscosa barranca, habiendo colocado también los norte-americanos una batería en el cerro del Atalaya. El 18 en la mañana avanzaron las columnas enemigas por entre las escabrosidades de la izquierda, y batían con la artillería al «Telégrafo» sobre el cual se lanzó á las siete de la mañana el general Twiggs, conduciendo sus fuerzas en tiradores, y destruidas las tropas que estaban al pié del cerro fueron tomando sucesivamente los invasores todas las obras del mismo punto hasta asaltar la última de la cumbre, que todavía por un esfuerzo supremo quiso defender el general Baneneli; pero sus soldados le abandonaron poseídos del terror que les causó encontrarse tan cerca de un gran número de norte-americanos, cuyos uniformes azules aparecieron coronando la alta cumbre del cerro, velado por densa nube de humo. También hicieron á la vez un simulacro de ataque por la derecha y el centro.

Tomada la posición que dominaba á las demas, ya no tuvieron mayor obstáculo los invasores que con la brigada del jefe Shields procuraron ganar la retaguardia del ejército mexicano, ya en espantosa confusión, y algunos esfuerzos aislados tan solo aumentaron el número de víctimas. La caballería huyó por el camino nacional y por la estrecha y escabrosa senda de la barranca, á la derecha, se escaparon los dispersos tumultuosamente, quedando prisioneros cerca de dos mil con toda la artillería y los materiales de guerra. Santa-Anna también se salvó por la barranca, tan luego como conoció que todo estaba perdido, y por caminos estraviados marchó á Orizava en compañía de seis ayudantes; pasó la noche del 18 en la hacienda de Tusamapa. El vulgo le acusó de que había vendido á México; pero los hechos demostraron que iba errada tal creencia, pues únicamente se le puede considerar como un individuo á quien la fortuna trató con tanto desprecio como fueron grandes los favores que en otra época le concediera. Desde Orizava, donde estableció su cuartel general, dió Santa-Anna en 22 de Abril el parte de la batalla, calculó en doce mil el número de soldados contrarios que habían atacado y expuso que él no contaba más que con tres mil infantes permanentes y activos y poco más de dos mil de los Estados de Veracruz y Puebla, inespertos en el manejo de las armas y á los cuales atribuyó la pérdida. En Orizava comenzó á formar una fuerza respetable para oponerse á los norte-americanos, sirviéndole de base las tropas que allí estaban al mando del general D. Antonio León, salidas de Oaxaca; se dirigió al Presidente de la República, Anaya, solicitando que fueran dictadas las más activas y severas disposiciones con objeto de matar la apatía y el egoísmo de los mexicanos y hacer que cumplieran con los deberes que la sociedad y las leyes les imponían, y suplicó en lo particular que no se hiciera tratado alguno con los invasores y que se le enviaran recursos porque en Orizava se carecía completamente de ellos.

Santa-Anna se dirigió á Puebla á mediados de Mayo; en esa ciudad convocó una Junta para tratar de la defensa que fué considerada imposible; ordenó una requisición de caballos, é impuso un préstamo de treinta mil pesos de los que no reunió sino una pequeña parte; pero su conducta acabó de decidir á los poblanos á no defenderse, y á desear que la plaza fuera evacuada cuanto ántes por las tropas mexicanas; habiendo solicitado Santa-Anna algunos auxilios del obispo también le fueron negados. Hizo marchar las infanterías hácia San Martín y con las caballerías emprendió un ataque contra una columna enemiga, teniendo mal éxito por haberse apoyado en falsos informes. Desde Ayotla dirigió Santa-Anna á la Nación un Manifiesto dando los motivos que le habían conducido á la capital con el ejército de Oriente; refería sus propósitos acerca de la guerra y manifestaba desprendimiento respecto del ejercicio del Poder; dijo que para proseguir la guerra era necesario defender la capital, y que en caso contrario haría dimisión del gobierno, que desde luego renunció, pero no le fué admitida la renuncia, y pasando á la capital tomó el mando supremo el 20 de Mayo, volviendo á agitar las pasiones al pedir recursos al arzobispo. Derogó Santa-Anna el decreto que acababa de dar el sustituto acerca de restringir la libertad de imprenta y fué sancionada y jurada el 21 la Constitución política de la República mexicana, con las reformas que el Congreso constituyente decretó. En ese acto fueron leídas el Acta Constitutiva, la Constitución de 1824 y el Acta de las Reformas, y despues del juramento pasó el Presidente á la Catedral. Comprendía el Acta de Reformas treinta artículos; entre otras cosas explicaba quiénes eran ciudadanos mexicanos y quedó entonces erigido el nuevo Estado de Guerrero, con distritos de los Estados de México, Puebla y Michoacan, y con la condición de que las legislaturas respectivas darían su consentimiento. Fué derogado el artículo de la Constitución que creaba el puesto de vice-presidente, cubriendo la falta por medio del Presidente de la Suprema Corte.

Publicó Santa-Anna otra proclama el 22; en ella dió cuenta de sus actos y señaló la conducta que iba á seguir; dijo que despues de la derrota de Cerro-Gordo había formado un ejército en veinte días; se quejó de que una ciudad tan acreditada por su espíritu guerrero en las contiendas civiles, cual era Puebla, hubiera permanecido indiferente á la hora de angustia para la República; dió razon de la Junta tenida en San Martín Texmelucan, donde quedó acordado que se defendería la capital á todo trance, opinando unánimemente los gefes que la formaron, y aseguró que para él era seguro que la pérdida de México traería la de todo el país; llamó á los Estados en su auxilio y á todas las clases de la sociedad, especialmente al clero y á los propietarios, y se mostró decidido partidario de la guerra; entonces tenía ya en su contra aumentado considerablemente el partido que trabajaba por la paz, cuyo órgano era el periódico llamado «El Razonador.» No obstante lo que aseguraba Santa-Anna acerca de la unanimidad de opinion de los facultativos para defender la capital, ya ántes, en una Junta convocada por el Presidente sustituto D. Pedro María Anaya, se había hecho presente que para dicha defensa era preciso erogar gastos que el erario no podía sufragar, se necesitaba artillería que no había y un número de soldados superior al que contaba toda la República, por lo que se había resuelto ser más conveniente el sistema de guerrillas y fortificar ciertos puntos para hostilizar al enemigo en su tránsito. También preparó el Gabinete un plan que consistía en la desercion de tres mil irlandeses del ejército enemigo y determinar dentro de Puebla un levantamiento que protegería Santa-Anna; pero los recelos de este gefe, tal vez con razon, lo frustraron todo.

Para este general todo fué tropiezos y errores desde que á consecuencia de la derrota de Cerro-Gordo se desbordaran las mal contenidas aspiraciones políticas, pidiendo unos la caída del Presidente y la paz, y otros clamando porque continuaran la guerra; con tal division las probabilidades de la revolucion crecían cada vez, y cuando el general Valencia, de quien más se esperaban planes revolucionarios, debió de haber sido alejado de toda comision importante, fué, al contrario, colocado por Santa-Anna á la cabeza del ejército del Norte que había quedado en San Luis y que violentamente fué llamado á México; el Presidente Anaya había vacilado mucho para consentir en dicho nombramiento que al principio rechazó. Además, la nueva renuncia que presentó Santa-Anna al Congreso en 28 de Mayo y que no le fué admitida, no tuvo más significacion ni dió otro resultado, que el de halagar el amor propio y hacer sentir mayor aún la agitacion de los partidos, que pusieron en juego sus maquinaciones para producir el desconcierto y aumentar la expectativa y la ansiedad que tarian consigo las nuevas faces que á cada momento presentaba la escena política, rodeada de los terribles síntomas de la sedicion. En ese estado de cosas vino á robustecer el desorden turbulento de las pasiones el periódico llamado «Boletín de la Democracia,» que no cesaba de atacar á Santa-Anna censurando sus actos, acusándole de débil para llevar á efecto la defensa de la Nación, y de enérgico tan solo para perseguir á los ciudadanos más distinguidos; aseguró que Santa-Anna publicaba manifiestos llenos de falsedades é hipocresías para engañar á la Nación, y que simplemente había peleado cuando era su mision pelear bien. Entretanto, desatendiendo Santa-Anna las provocaciones que se le dirigian, aparentaba sacrificarse, impulsaba la marcha de las tropas de Alvarez hácia la capital y llamaba al general Arista para que ocupara su puesto en el ejército, mandando sobreeser en la causa por las derrotas que sufrió en Tejas; pero Arista no aceptó la rehabilitacion así concedida.

Restringió Santa-Anna la libertad de imprenta prohibiendo que los periódicos publicaran algo que hiciera conocer al enemigo el estado en que se hallaba la defensa de México; dispuso que fueran cortadas todas las comunicaciones con las poblaciones ocupadas por los invasores; recordó á los militares la obligacion que tenían de combatir contra los extranjeros y las responsabilidades á que se hacían acreedores por su conducta; estableció los pasaportes para salir de la capital; mandó que fenecieran todos los procedimientos acerca de causas políticas y nombró una Junta para que se entendiera en los asuntos hacendarios que cada día eran más tirantes, escaseando los recursos y aun negándose algunos Estados á publicar las disposiciones del gobierno federal, á causa de que les había sido impuesta una contribucion directa de un millon de pesos; este nuevo elemento de anarquía vino á empeorar la situacion. El frecuente cambio de ministros, pues todos huían de la situacion; la dificultad en reunir al Congreso; el pronunciamiento de Sinaloa donde estaban intervenidas las rentas del gobierno y depuestas las autoridades; el conflicto entre Zacatecas y Aguascalientes, por la unificacion de los dos Estados segun las reformas constitucionales; la falta de dinero y de tropas suficientes y las acusaciones lanzadas contra Santa-Anna, producian tal desconcierto que no parecía posible lograr la defensa de la capital con un plan cualquiera. No había un gefe que mandara el ejército del Centro al enfermarse el general Bravo, alegando el de igual clase Rincón su edad y padecimientos y hasta el entusiasta gefe Sierra y Rosso renunciaba el mando del punto avanzado llamado el Peñon Viejo. Sin desanimarse Santa-Anna dispuso establecer Consejos de defensa en las plazas que estuvieran amagadas; expidió considerable número de despachos militares, mandó considerar botín de guerra todos